



**Autor:** *Eduardo de Palacio.*

**Título:** *Estudiantina Española.*

**Publicación:** *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

**Ver. original:** *La Ilustración Española y Americana, 1886.*

---

En estos días de Carnaval se refresca en la memoria el recuerdo de aquellos estudiantes españoles, honra de la patria y de sus respectivas madres las Universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares.

Porque bien puede aplicarse tan sagrado título de madres de la estudiantina y de la patria á aquellos templos de la ciencia que tantas glorias produjeron.

Entre las comparsas de estudiantes que recorren las calles de Madrid en estos días, y la *tuna* salmantina que pasaba la temporada de San Juan á San Lucas recorriendo comarcas y viviendo del fruto de sus conocimientos artístico-musicales hay un abismo: esto es: un siglo, por lo menos.

¡Qué tiempos aquellos, tan felices para los hijos de las escuelas mayores y menores de la hermosa reina del Tormes!

En estos momentos se halla en la capital de Rumanía la *Estudiantina Española*, dirigida por Granados, entusiasmando á aquellas gentes, lo mismo que á las de Viena, Berlín, San Petersburgo, capitales que ya han visitado nuestros compatriotas.

Pero la *tuna* salmanticense ó complutense ofrecía otros caracteres.

Aquellos profesores espontáneos conocían menos el arte que la ciencia.

La estudiantina de Salamanca se dividía en cuatro clases.

El estudiante, propiamente dicho, hijo de labrador de Castilla, cosechero de Navarra ó ganadero extremeño, que viajaba en mejor mula y contaba con alguna camisa más que los estudiantes de otra clase, con alguna docena de chorizos y tal cual pernil como provisiones para recuerdo de la familia, cuando regresaba de su pueblo á la Universidad, terminado el período de vacaciones.

Además contaba con mayores influencias y medios que sus compañeros pobres.

El estudiante de la *tuna*, ó *tuno* de profesión, simultaneando con sus estudios los servicios que prestaba á sus condiscípulos mejor acomodados, recorría durante las vacaciones, en comparsa, cuantos pueblos podía, para vivir sobre el país. De esta manera suplía faltas de asignación paterna.

Había estudiantes cata-caldos, mozos listos, pero pobres, que así vivían dando lecciones de tocar la guitarra á quien las solicitaba, como zurciendo sermones á curas no inspirados para ello; y lo mismo se desayunaban al amanecer Dios cada día, que á las doce de la mañana, cayendo como moscas en la casa donde se hospedaban sus condiscípulos con plato fijo, y siempre á la hora de comer ó á la de cenar.

El sopista era el pobre de solemnidad, que estudiaba y concluía su carrera sin otro auxilio que el de sus excelentes facultades para todo.

Comía en alguno de los muchos conventos que había en Salamanca y repartían la sopa á los desheredados de la fortuna.

Dormía en cualquiera de las hospederías en que se albergaba á los pobres, y de esta suerte la vida le salía por una friolera.

Manutención, si no sibarítica, suficiente para conservar la vida; cama, si no mullida, limpia; y albergue, si no lujoso, abrigado.

Todo esto disfrutaba sin más cuidado que el de no retrasarse y acudir á las horas marcadas; y para esto, relojes había para el servicio del público, y con buenas campanas para avisar á los distraídos.

Lo demás hacía la juventud, para cuya edad no hay lecho duro, ni manjar desaborido ni indigesto, ni frío ni calor, ni peligro que acobarde el ánimo.

Vivían todos los estudiantes, exceptuando á los sopistas, con tal uniformidad, que hubiera sido difícil distinguir por sus costumbres á los ricos de los medianos.

Verdad es que ni el rector habría permitido diferencias provocativas de desórdenes entre los hijos de la augusta Salamanca, ni el precio del pupilaje daba para excesos.

Una sala bien blanqueada y limpia, por lo menos en principio de curso, una mesa-camilla con tapete de bayeta verde, y el número de sillas correspondientes al número de pupilos.

Un catre de tres tablas y dos banquillos pintados de verde, un jergón, un colchón, sus dos sábanas de algodón bien fuerte, para que resistiera á todo evento; una buena manta de la tierra ó palentina, y su colcha ó cobertor de algodón con flores estampadas en colores muy vivos y alegres.

Esteras, brasero y otras gollerías no había en aquellas casas; que hubiera parecido excesivo sibaritismo, perjudicial á las buenas costumbres de los jóvenes.

El rector era en Salamanca más que hoy el gobernador civil, y aun más que el presidente del Consejo.

Disfrutaba tantas y tales prerrogativas y tan extraordinarios privilegios, que solamente el prelado pudiera comparársele y aun sobreponérsele.

El rector gozaba, á más de tantos privilegios otorgados por el Rey y fomentados por las prácticas, el respeto casi paternal de los estudiantes.

Y dicho queda que, como Salamanca no se componía sino de religiosos y estudiantes, aunque éstos eran en mayor número, disponía como señor en sus dominios.

Los estudiantes eran el espíritu de aquella ciudad, solamente comparable á la antigua Roma.

Una elección de rector era un semillero de motines para la gente escolar.

Porque los estudiantes poseían el derecho de proponer al Claustro un candidato.

Y era de ver cómo cada bando trataba de imponer al suyo.

Los navarros, á un navarro; los extremeños, á un extremeño, y así los demás.

¡Qué discursos, qué interrupciones, qué motines en el patio de Escuelas Mayores!

Sombrerazos, y aun palos, solía ocasionar el suceso.

Pero la calma renacía, y Salamanca volvía á ser el tranquilo albergue de tanto cuervo.

Serenatas habíalas á diario.

Riñas, alguna vez.

¿Burlas á las rondas?

Eran cotidianas.

Y expediciones á la Pescanta y á Santa Marta, para devorar los ricos peces del Tormes y probar el vino que nunca veían en las casas de pupilaje, frecuentemente realizaban los estudiantes.

Pero aquella era otra raza y aquellas otras costumbres, y cada época tiene su sello característico.

Los estudiantes de Alcalá y de Salamanca no se semejaban ni á los de la Sorbona ni á los de Lovaina, ni á los de otras naciones.

No queda más que el recuerdo, que evocan en estos días las comparsas de estudiantes, más ó menos auténticos, que salen de tuna por esas calles.



– ¿Osté ser de Salamanca? – preguntaba un extranjero á uno de los postulantes de estudiantina que se le acercó para pedirle dinero.

Y el mozo, que era de la buena raza escolar, le contestó:

– Oui, monsieur, y de fines del siglo XVII.